

raban en la plaza de la iglesia con ramos de flores; *lunch* servido en la terraza del castillo para los colonos, y últimos preparativos de prisa y corriendo para el viaje. Todo se desvaneció en la febril agitación de la partida. No quedó impreso en la imaginación de Regina más que el *adiós*, grave y la mirada triste de su hija, abrazándola tiernamente en el estribo del carruaje, y la exclamación de enojo de Fernando, que, faltando á su galantería habitual, exclamaba.

—¡Bab! ¡bah! Acaben Uds. de una vez, que se nos va á marchar el tren.

Cerrose la portezuela, partieron los caballos, Edmea desapareció, el castillo se perdió de vista, desfilaron los árboles de las avenidas como otros tantos rápidos fantasmas, y apareció el camino polvoriento, este camino que dejaba atrás la prudencia y conducía á la fantasía y á lo desconocido.

VII

Los primeros días de su vida solitaria parecieron muy penosos á Edmea. Vagó errante por las habitaciones en la casa desierta, como un alma en pena. Empezó á recordar con fruición las angustias de las últimas semanas, porque aquellas mismas dolorosas angustias eran animación y vida. Pero este silencio, esta soledad, eran imagen del sepulcro. Se encerró durante algunos días en su cuarto, y vivió en medio de los objetos que le eran familiares, haciendo que se le llevara allí la comida, y figurándose, por un esfuerzo de imaginación, que había gente cerca de ella, y que no tendría que hacer más que bajar al salón para encontrar allí á su madre, leyendo, como de costumbre, alguna novela, tendida en un diván.

—Señorita —le decía la anciana Rosalía—hace Ud. mal en no salir; verá Ud. si se nos pone mala. Hace un hermoso día, un poco frío, pero seco. Ya podía Ud. ir siquiera hasta el estan-

que, y llevar á los cisnes alguna cosita de comer. Están, como Ud., esos pobres animalitos aburridos de no ver á nadie.

Billet venía todos los días, y se paraba bajo la ventana, no atreviéndose á subir para no estropear las alfombras con sus zapatos claveteados, y allí, con la vista fija en la ventana y la nariz respingada, parecía que le estaba dando serenata.

Edmea por fin se avergonzó de su debilidad, y volvió á sus costumbres de siempre. Se instaló en un ángulo de la soberbia residencia, y mandó cerrar todas las demás habitaciones. Se puso á trabajar con asiduidad, dibujando y pintando una buena parte del día. Después de comer salía á pie, y otras veces en coche. En la cochera encontró una pequeña *charrette* de madera barnizada, que podía circular por todos los caminos, pues tenía unas ruedas construidas expresamente para ese objeto. Billet le eligió un caballo un poco viejo, pero gallardo, pacífico y de buen genio. Y se acostumbró á hacer excursiones por la comarca, sólo en su cochecillo, llegando á las casas de los desgraciados, distribuyendo socorros entre los menesterosos, llevando ropas para los niños, siendo en todas partes recibida con un concierto de bendiciones.

Su madre le escribió al principio todas las

semanas cartas muy expresivas, en las que palpataba el espíritu de la nueva Baronesa, saturado del esplendor de las fiestas, de la sonoridad de las músicas, y que ofrecían á los ojos de la hija abandonada, como en un cosmorama, los bailes, la ópera, el bosque, toda una vida lujosa, desenfrenada, devoradora, que dejaba en el ánimo de la joven una impresión de profunda tristeza. Aquella mujer, lanzada por completo en el torbellino que se complacía en describir, ¿era su madre ó una joven mundana dando sus primeros pasos, aspirando la vida con embriaguez, y ávida de todos sus placeres verdaderos ó falsos, vulgares ó refinados? Ignorante de lo que en París se llama el mundo, no teniendo la más ligera idea de la manera formidable que tienen de vivir los que le componen, Edmea se asombraba y maravillaba prodigiosamente. Le parecía que todas aquellas personas debían estar sufriendo una crisis de locura. Esta sucesión furiosa de placeres sin reposo, sin reflexión, casi sin sueño; esta carrera desenfrenada en pos de todo lo que puede divertir y distraer, á que se entregan seres que viven en una especie de sonambulismo frenético, le espantaba y la sumía en la más profunda de las meditaciones.

Las cartas de su madre le fatigaban; se sen-

tía cansada, postrada, después de leer la narración de los bailes, como si ella también hubiera estado bailando todas las noches de la semana. Veía dar vueltas y más vueltas los vestidos azules, encarnados y blancos, y oía los alegres compases de la músicaailable.... Esta fiebre malsana le mareaba de lejos. ¿Qué sería todo esto visto de cerca?

Concibió una profunda aversión á la vida parisiense. La veía vana, ligera, algodónada como la *toilette* de sus bailarinas, toda ilusión, tocado deslumbrador de noche y miserable andrajo el día siguiente. ¿Qué era lo que de aquella vida quedaba? La fatiga, como de los trajes los harapos.

La señora de Ayères se complacía en hacer el elogio de su marido; estaba orgullosa de él; comparábale con todos los demás hombres que conocía, y aquel buen mozo, de talle esbelto y anchos hombros, triunfaba fácilmente entre todos. Había algo de secretos celos en la manera de decir Regina que Fernando era muy solicitado en todas partes por su distinción y su gracia. Parecía que temía que lo fuese demasiado, sobre todo por las mujeres. El caso era que no se daba fiesta en que no se contase con él. Y siempre era él quien dirigía el cotillón, porque Fernando era de los maridos que no se priva-

ban de bailar. Vivían en un precioso cuarto principal del *boulevard* Malesherbes, y tenían gente á comer una vez por semana. Se proyectaba representar una comedia y dar un baile de trajes en Carnaval.

“ Ven, niña mía, escribía Regina; no puedes dudar cuánto placer nos darías viéndote aquí. La triste soledad de Croix-Mort no es para una señorita de tu edad; lo mismo hubiera sido hacerse monja. Tú debes ver el mundo y aprender á conocerlo. Al principio puede te parezca espantoso, porque tú eres una inocente. Pero tiene tales y tan variados encantos, que pronto le tomarás afición, y no podrás vivir sino en medio de sus placeres. Es preciso pensar en que un día te has de casar. No te casarás probablemente con un obscuro personaje de nuestra provincia, y conviene que te vayas habituando á no vivir en un desierto con gente rústica. Empieza desde luego tu educación, y entra resueltamente en esta gran caldera. No creas que es un infierno y que en él nos abrasamos. En verdad, si se siente mucho calor, es por lo mucho que en él se divierte la gente.”

Después de leer estas cartas, en que se revelaba la frivolidad de su madre, Edmea quedaba profundamente afligida. Y sentía honda amargura, comprendiendo que aquella pobre

mujer, enloquecida de placer, quería hacerla participe de su miserable existencia. Y cobraba más afecto á su "triste soledad," de Croix-Mort y á la "gente rústica," con que se trataba de ordinario. No podía menos de considerar ridícula á su madre, con sus aires evaporados de jovenzuela. Pensando en aquella loca de cuarenta años, recordaba involuntariamente una lámina que había visto de niña en un libro, y que representaba una inglesa vieja adornada de una enorme corona de flores, calzada con zapatitos bajos, sosteniendo con la mano izquierda la cola de su traje de baile, y dando la derecha á su pareja, en una posición de bailarina desenvuelta. Veía á su madre con los rasgos de la fisonomía de la grotesca inglesa, y pasaba ante sus ojos, haciendo contorsiones, la caricatura con el semblante de la señora de Ayères. En cuanto á Fernando, no le consideraba ridículo, pero sí peligroso. Un secreto instinto le advertía que aquel hombre era un gran peligro. Pero, ¿qué peligro? No lo podía determinar; pero lo temía. Las notas cariñosas de su voz, que tanto habían contribuido á seducir á la sentimental Regina, habían, desde el primer momento, sonado de una manera muy desagradable en el oído de Edmea. Y su bella barba de oro la veía roja como la de Judas.

¡Ir á París, á vivir en aquel mundo bullicioso, agitado, loco, que la pintaba su madre; casarse con un calavera cortado por el mismo patrón que el hermoso Fernando, cuya única ocupación sería vestirse, componerse y decir tonterías todo el día, mientras llegaba el momento de dirigir por la noche el cotillón!... Mejor quería ver la nieve sobre los oscuros árboles del parque, vivir en el silencio misterioso del campo la vida tranquila y laboriosa, que había sabido hacer agradable y entretenida...; y en cuanto á hablar, mejor era hablar con su guarda y amigo Billet.

Contestaba lacónicamente á las cartas de su madre, afectando tratar exclusivamente de cosas prácticas, dando detalles sobre el estado de las fincas, y hablando de laboreo, siembra y otras faenas agrícolas, en vez de contestar á lo que se le decía de *toilette*, música y baile. Libre en sus acciones desde que estaba sola en Croix-Mort, salía y entraba á cualquier hora, sin temor de una reprensión. La vida de los campos era para ella indispensable. Cada día encontraba en ellos nuevos encantos, de que no tenía ni idea.

Por la tarde, cuando el sol descendía en el horizonte y la noche comenzaba casi instantáneamente, quedábase algunas veces inmovil,

mirando á lo lejos las nubes que pasaban con asombrosa rapidez del rojo vivo al rosa pálido; los matices amarillos se confundían con los verdes, y el azul del cielo se descomponía en tintes violeta, como si el calor del astro hubiera fundido el aire helado. Una vaga sombra descendía sobre la tierra, desvaneciéndose los contornos, y sobre el fondo claro todavía del cielo que iba obscureciéndose, destacábanse negros los bosques como una ancha muralla delante de la inmensidad del espacio. Las casas esparcidas aquí y allí encendían sus luces, y en el camino oíase el rechinar de las ruedas de un carro que volvía de la labranza, acompañado por el ruido de los cascabeles de las caballerías. Aspirábase una paz profunda, sentíase una calma incomparable, y mientras las estrellas empezaban á aparecer allá arriba, Edmea pensaba con melancolía que su madre, á aquella misma hora, estaría vistiéndose para ir á una de las *soirées* que devoraban sus noches sin descanso.

Lentamente recorría el camino, saludándola amistosamente con un sencillo "buenas noches", voces serenas y afectuosas que salían de la obscuridad; volvía al castillo, comía, y, fatigada, pero con un cansancio natural y sano, se dormía profundamente.

El cura Levasseur, que siempre conservaba sus costumbres, iba á comer con ella todos los domingos. Ya no la trataba como una niña. La niña era una mujer, y había dado singulares pruebas de su buen juicio. De común acuerdo, el Cura y la joven hablaban muy concisamente de la señora de Ayères. Ninguna alusión al matrimonio. Era un asunto de conversación muy peligroso, y había sido prohibido; se le había puesto en el índice, como decía el clérigo. Éste, invariablemente, después de saludar á Edmea, le preguntaba:

—¿Y su señora madre?... ¿Hay buenas noticias de su salud?...

Edmea respondía siempre:

—Mi madre sigue buena, señor Cura. Muchas gracias.

Después de esta pregunta de cortesía, el buen hombre podía gozar en paz los inocentes placeres de la velada. Cuando se despedía, antes de ir á reunirse con el criado que, farol en mano, le escoltaba como de costumbre, decía á Edmea, haciéndole una reverencia, como si estuviera delante del altar:

—No olvide Ud., señorita, enviar mis recuerdos respetuosos y afectuosos á su señora madre, cuando la escriba.

Edmea sonreía, le entregaba el ancho y lar-

go sombrero de fieltro negro, y replicaba:
—No dejaré de hacerlo, señor Cura. Póngase Ud. el sombrero, que el frío es muy penetrante esta noche.

Y el excelente padre íbase tranquilo.

Él y Edmea tuvieron un gran pesar. El viejo pintor, el padre del anciano Cura, murió. Tenía ochenta y siete años. Se extinguió sin el menor sufrimiento. El Cura sintió un dolor de madre que pierde el niño que está criando, viendo inanimado á su querido enfermo, á quien cuidaba como si fuera un niño. Los tiernos cuidados que le había prodigado le habían unido más estrechamente al octogenario, avivando su amor filial, que se confundía con el amor paternal. Fuera de los deberes de su ministerio, el Cura no tenía otra preocupación que conservar la vida de su padre.

Esta muerte en edad tan avanzada era, en suma, un verdadero consuelo; pero el hijo estaba inconsolable. Halló en el corazón de la señorita de Croix-Mort afectos tan sinceros como los suyos, y juntos lloraron al viejo artista. Edmea hizo cortar en los jardines las más bellas flores, y llenó de ellas la habitación mortuoria. Siguió la primera el ataud, conducido por cuatro individuos de la junta de fábrica de la iglesia, y asistió hasta el fin al po-

bre Cura, obligado á cumplir los últimos deberes con el difunto como hijo y como párroco. Después de terminado todo, Edmea acompañó á la sacristía al Cura, le prodigó los consuelos más delicados, y luego se le llevó al castillo, mientras los dependientes de la iglesia ponían todo en orden en la casa del Cura.

Los días siguientes, viéndole ocioso, no sabiendo en qué emplear su tiempo, y cada vez más afligido, le invitó á acompañarla á paseo, y poco á poco le acostumbró á su manera de vivir, ejerciendo sobre él tal influencia, que el clérigo repetía muchas veces:

—Esta señorita es una persona muy superior, muy superior.

Y era cierto. Para que esta niña adquiriese tan extraordinario valor moral, habíale bastado su propio instinto. Era el suyo un talento claro, penetrante, resuelto, acaso demasiado reflexivo, y no bastante desprendido de las fantasías de la juventud. Su verdadero carácter, exento de las genialidades de la infancia, estaba ya formado. Edmea tenía de su padre y de su madre; de ésta las ideas de rectitud y orden, y cierta inclinación á lo ideal; de aquél, el ardor y la violencia de los sentimientos.

Era á la vez fogosa y fría. Capaz de odiar